

Palacio Lizaranzu, Mariano

Discurso sobre la necesidad del estudio público de la teología mística / pronunciado por Mariano Palacio Lizaranzu.

Madrid : Imprenta y Fundición de E. Aguado, 1852.

Vol. encuadernado con 16 obras

Signatura: FEV-AV-M-01412 (09)

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente

DISCURSO

LA NECESIDAD DEL ESTUDIO PÚBLICO

DE LA

TEOLOGIA MÍSTICA.

PRECEDIENDO POR EL LICENCIADO

DON MARIANO SOBRE SACRO LEZARANZU

LA NECESIDAD DEL ESTUDIO PÚBLICO

LA MÁS BUENA INSTITUCIÓN DEL CURSO DE PASTOR EN LA ESCUELA ESPAÑOLA

DE LA

TEOLOGIA MÍSTICA.



MADRID:

IMPRESA Y FUNDICIÓN DE D. E. AGUIRRE, CALLE DE S. PABLO, 15.

1882.

DISCURSO

DE

LA REUNION DE LOS ESTADOS IBERICOS

DE LA

TEOLOGIA MISTICA.

DISCURSO

SOBRE

LA NECESIDAD DEL ESTUDIO PÚBLICO

DE LA

TEOLOGIA MÍSTICA,

PRONUNCIADO POR EL LICENCIADO

DON MARIANO PALACIO LIZARANZU

EN EL ACTO DE RECIBIR

LA SOLEMNE INVESTIDURA DEL GRADO DE DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGIA

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL.



MADRID:

IMPRENTA Y FUNDICION DE D. E. AGUADO, CALLE DE PONTEJOS.

1852.

DISCURSO

SOBRE

LA NECESIDAD DEL ESTUDIO PÚBLICO

DE LA

TEOLOGÍA HISTÓRICA.

PRESENTEADO POR EL AUTOR

DON MARIANO FALCÓN LLANARÁN

DE SU CATEDRA DE HISTORIA

LA SOLEMNE INVESTIDURA DEL GRADO DE DOCTOR EN SACRAMENTO TRUQUE

EN LA UNIVERSIDAD DE BURGOS



MADRID:

IMPRESA Y VENTANA DE D. E. GARCÍA, CALLE DE POSTEROS.

1852.

Nostra autem conversatio in caelis est.

PHILIP. 3, v. 20.

Excuso. Señor:

QUE hubo un estudio en la Iglesia cuyo único objeto era elevar los afectos del hombre hácia su Dios, estrechar mutuamente sus relaciones con él, verificar la reciprocidad de sentimientos mas intima y comunicacion de bienes y dones mas generosa, y realizar la amalgama mas completa de estos dos seres mediante las operaciones del entendimiento y los actos mas delicados de la voluntad, y que este estudio, llamado Teología mística, formó la base y ocupacion constante del cristianismo primitivo y de todos sus profesores, son verdades que á nadie se ocultan, que todos paladinamente confiesan. Ambos testimonios, sagrado y profano, se adunan admirablemente para la certidumbre de esta asercion. Por el primero las profecías, los Evangelios, las Epístolas, el Apocalipsis y los Hechos Apostólicos hacen constar que el espíritu de la oracion mas sublime habia de ser, ó de hecho era, la ocupacion constante de aquellos dichosos primeros discípulos del Crucificado, cuyas inmediatas consecuencias eran la práctica sencilla y perfectísima de todas las virtudes, los esfuerzos heroicos con los que admiraron al mundo, los conocimientos exactos de la mas sublime y oculta filosofia, y la union de caridad entre todos sus profesores, que constituia de todos ellos el espectáculo nunca visto de vivir por un solo corazon, una sola alma. Entonces y por esta causa se vieron realizados, al solo impulso de la voz de Pedro y sus compañeros, los fantásticos sueños de Platon sobre su ideal

república, y las exajeradas fábulas de los Eliseos venturosos, de los dogmatizantes Helenistas; entonces fueron puestos en práctica por millares de todos sexos y edades los preceptos de la mas rígida moral, cuya parodia sola motivó la fama de Sócrates, Caton y Séneca: el decantado pauperismo de Crates era la puerta por donde se entraba en aquella academia evangélica, y la precinizada raquítica virginidad de las Vestales su mas bello y comun ornamento, pero con todo el lujo y estension de sus ostentosas galas. Entonces se vió la tierra convertida en un verdadero Paraiso, dispensando liberal y largamente el Espíritu divino sus inefables dones, y las riquezas inagotables de su santidad y poder sobre ellos. Consecuencia precisa era que el cielo descendiese á la tierra cuando el hombre, desprendiéndose totalmente de la tierra, se habia remontado á lo sumo de los cielos; su único pensamiento era la eternidad, su único negocio la salvacion, su meditacion continua el Evangelio, y su trato ordinario la contemplacion pacífica de la bienaventuranza. *Nostra autem conversatio in cælis est.*

Por el segundo apenas se presentará una verdad histórica con tantos y tan autorizados comprobantes, pues empezando por el mismo juez que condenó á muerte contra su propia conciencia á su divino Autor, despues de manifestar su repugnancia delante de todo el pueblo á cuyo desbordado furor lo entregaba, y declarada su santidad ante el mismo emperador en el parte oficial que le comunicó sobre el asunto, se pueden continuar por los mas acreditados testimonios de los célebres historiadores del pueblo judáico Flavio Josefo y Filon; por los doctores mas aventajados del Sinedrio ó Gran Sanedrin, Gamaliel y Saulo; por los mismos Pontífices que compartian el privilegio de entrar en el *Sancta Sanctorum* con el Obispo de Jerusalén; con el de Plinio y otros sábios de la gentilidad, que todos á una testifican la santidad y union de los cristianos de los primeros siglos, su asiduidad constante en el estudio de la oracion, y los prodigios que hacian tan inauditos como frecuentes. Este fue el espíritu de la Iglesia en todos tiempos: atender, no solo á la conservacion pura del dogma y á la reforma de las costumbres mediante el ejercicio incesante de la predicacion, sino á que esta noble y esencial parte del ministerio evangélico fuese acompañada inseparablemente, y precedida siempre, de las santas prácticas que forman la base y cima de la Teología mística.

¿Y cómo podía dejar de verificarse esto así, cuando la Iglesia ha seguido paso á paso las huellas de su Esposo Jesucristo, cuya vida está epilogada en estos solos dos actos, orar de noche y predicar de dia? ¿Quién podrá estrañarlo, si reflexiona que sus Apóstoles y discípulos se desentendian de todos los negocios y ocupaciones por consagrarse total y esclusivamente á la oracion y predicacion? *Nos autem orationi et ministerio verbi instantes erimus.* ¿No era entonces cuando la Teología mística contaba tantos maestros como cristianos? ¿No era entonces cuando se manifestaba á los ojos de propios y estraños en toda su sublimidad inefable, cuando ostentaba ufana sus pomposas y magnificas galas? ¿No eran entonces comunes las visiones, raptos, revelaciones, éstasis, profecias, lenguas, discrecion de espíritus y demás divinas joyas, que escitaron la emulacion y codicia de gentiles, judtos y simoniacos? Mas todos estos dones, con la mayor parte de tan señalados portentos, cesaron casi repentinamente para la generalidad; dejaron de ser como un vínculo adscrito al cristiano é inherente á su profesion; no descendia el Espíritu Santo visiblemente y con toda la expansion de sus dádivas sobre todos los creyentes, sino que tan solo la profecía y milagros subsistieron en los atletas cristianos, en aquellos que descendian con valor al estadio á luchar cotidianamente contra los tiranos, los tormentos y la muerte; en los que recibian la palma de la inmortalidad con la corona del martirio. ¿En quién, pues, estuvo tan estraordinaria mudanza? ¿Acaso de parte de Dios, cuyos tesoros se agotasen á fuerza de distribuirlos con tan generosa liberalidad? ¿O tal vez de parte del hombre, que faltase á sus promesas y se resfriase en su amor? Yo oigo al P. San Gregorio, que advirtiendo este repentino cambio en la Iglesia, dice que Jesucristo obró en este caso con ella como el hortelano con los árboles. Estos cuando son tiernos, exigen de aquel mil cuidados; cavas, riegos, preservativos, todo lo aplica hasta que se afianzan las raices y se robustece el tronco: verificado esto, cesa todo aquello. Del mismo modo la Iglesia debió en sus principios ser fomentada y regada con los cuidados esquisitos y abundantes aguas de los dones y prodigios, segun la profecía de Joel: estendida ésta, debió *omitirse* el divino *riego*. Venero desde luego autoridad tan respetable, y creo que tal vez fuese esta una de las causas. Pero yo me fijo por una parte en la liberalidad de Dios y en su fide-

dad suma, y recuerdo aquel *habete fidem Dei*, y tambien el *si quis diligit me, et Pater meus diligit eum, et ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus*, y veo por otra que ya San Pablo se quejaba de que los Agapes de caridad se habian convertido en Agapes de disolucion y teatro de viles pasiones; oigo aquel *murmur græcorum* contra los hebreos por causa de las viudas, por intereses materiales, y deduzco que, al paso que el hombre se fue retirando de Dios, Dios con sus dones se retiró del hombre, segun el Salmista. Faltó de todo punto en la generalidad el estudio de la Teología mística, fragua donde se inflaman los divinos afectos y se calcinan los dardos del divino amor, y reservó Dios sus regalos para sus constantes amigos que la cultivasen y ejercitasen. La esperiencia de diez y nueve siglos nos viene acreditando que jamás se abrevió la mano de Dios con el hombre; que donde quiera que halló vasos vacios de afecciones terrenales, allí derramó hasta rebosarse el óleo de su misericordia y liberalidad infinita en dones y portentos, hasta reproducir los bellos dias de la infancia gigantesca del cristianismo con todas sus maravillas; que todos los colosos de la gracia en el estudio de la Teología mística acrecieron, y la altura de su santidad y méritos se midió por la talla de esta sublime ciencia. Fuera de ellos estuvo, como está ahora, entregada al estudio privado, y sujeta no pocas veces á los caprichos de la ignorancia y á las vicisitudes de la época. Las ventajas, pues, de esta divina ciencia, y las tristes consecuencias que su omision origina en el cristianismo, trato de manifestar en este discurso, haciendo ver que hoy mas que nunca se hace precisa su enseñanza pública, para dar á la Iglesia dignos maestros de espíritu que hagan efectivos sus fines. Feliz yo si, contando con la benigna aquiescencia de tan sublime é ilustrado Claustro, consigo mi propósito, y mover brazos diestros que cultiven este terreno.

El estudio público de la Teología mística es necesario en la Iglesia para la reforma y perfeccion del cristianismo:

- 1.º Por los fieles,
- 2.º Por los infieles;

dos puntos que espondré con la claridad posible.

PUNTO PRIMERO.

Es muy fácil adivinar que en el cristianismo hay dos clases de fieles: unos que, penetrados de una viva fe, ansian la perfeccion de su estado, á que por su profesion y circunstancias personales están obligados; y otros que, adormecidos por el encanto de las pasiones, ó engolfados en el piélago insondable de los negocios y tráficos del siglo, ó sumidos en las tinieblas de la ignorancia, no atienden ó no quieren atender al fiel desempeño de tan sagrada obligacion. Para escitar, pues, á éstos y ayudar á aquellos, y dirigir con provecho á todos, es necesario al teólogo el estudio profundo y razonado, cual en las aulas se practica, de la Teología mística, dos párrafos distintos que abraza el primer punto de mi proposicion. Solo indicaré las ideas, pues no es posible estenderse cual convendria en un campo tan dilatado: hablaré pues

1.º De los remisos.

2.º De los fervorosos.

§. I.

Es un principio sentado en las escuelas, que para querer una cosa es preciso conocerla antes: *Nihil volitum quin præcognitum*, que dijeron los Aristotélicos. Si pues el objeto hácia donde tiende la voluntad es realmente digno, tanto con mayor decision se determinará la voluntad, cuanto mas intenso y profundo, mas detallado y espreso sea el conocimiento. Estos principios hacen palpable los distintos modos con que se dirijen á Dios el filósofo, el teólogo, el moralista y el místico; desde el frio racionalista hasta el ardiente contemplativo. El filósofo, mediante sus discursos y descubrimientos, encuentra á Dios en todas las criaturas, y no puede menos, en los trasportes de su admiracion, de rendir sus homenajes á un sér que reconoce tan escelente, y superior infinitamente á cuanto existe. Despues el teólogo, apoyado en la razon y la filosofia, va por distintos caminos; y por medios mas seguros, la revelacion y la fe, descubre la divina esencia, echa de ver sus perfecciones y atributos, y nunca acaba de ensalzar sus bondades para con el hombre en haberlo criado con su poder, conservarlo con

su providencia, repararlo con su justa misericordia, justificarlo con su gracia, y hacerlo feliz en su gloria. Entra con ambos el teólogo moralista, y con la razon y la revelacion en la mano echa á poca costa de ver que la simultaneidad de accion engendra simultaneidad de sentimientos, y pasa desde luego á notar los medios y reglas de la conformidad de accion del hombre respecto á Dios; conformidad y union absolutamente indispensable al que pretenda conseguir su fin, el fin de su creacion. Por esta razon enseña los principios de la moralidad, y las bases en que ella se funda; las virtudes y sus obstáculos, para seguir aquellas evitando estos; y las fuentes y conductos de donde dimanar y por donde se le comunican los auxilios oportunos, para que operen con provecho aquellos medios. Hasta aqui llegan los límites de la vida comun del cristiano, y esto le basta para conseguir su fin.

Pero esto, que es suficiente al individuo cristiano, sería sumamente defectuoso para la Iglesia en general, pues hay otro estado en ella al cual, como á su término, se dirijen todas las teorías y prácticas precedentes, y que siendo el mas bello ornamento de ella, no debiera perderse ocasion ni omitirse medio alguno de su fomento sólido y desarrollo rápido para sostener la moral y ahuyentar el error. En efecto, despues de creído el dogma y observada la ley, hay aquel *si vis perfectus esse*, que nunca faltará de la Iglesia mientras subsista el mundo. Desde aqui arranca sus vuelos la Teología mística, y auxiliada de tan poderosos recursos campea por las mas altas regiones del Empíreo, alli mismo en el seno de la Divinidad. Mas como no bastan las convicciones mas firmes á un sér veleidoso como es el hombre, por esto la Teología mística se apoya en las meditaciones continuas y estudiadas de las verdades naturales y divinas, para fijar su vista en la contemplacion tranquila, asegurar cuanto en lo humano es dado su posicion, fijar las creencias, hacer brotar del espíritu afectos puros y sensaciones amorosas, asentar para siempre su colosal fábrica sobre las indestructibles bases de la filosofia racional, de la Teología dogmática y moral, en los actos de la fe mas pura, de la esperanza mas firme y de la caridad mas acendrada, que desde luego supone. Por ellos uno é identifica á la criatura con su Criador, estralimita sus conocimientos, y hace como infinitos sus afectos; y despues de esta entrega del hombre á su Hacedor Dios se comunica á su criatura de un modo inefable, la acaricia, la

regala, y la franquea sus divinos tesoros. ¡Estado feliz, mas fácil de gozarse que de comprenderse! ¿Y cuándo se ha verificado esto? Cuando el conocimiento se ha perfeccionado; cuando ha llegado á comprender lo que es Dios, lo que puede Dios, lo que vale Dios.

Tranquila se encontraba la Reina de Sabá gobernando la Arabia Feliz: ningun interés movian en el ánimo de aquella Princesa, ni la sabiduría del Rey Salomon, ni sus riquezas, ni su opulencia, ni su gloria, mientras ignoró todo esto; mas despues que lo supo, no solo le tuvo en grande estima, sino que le buscó con magnificos dones. Y cuando estuvo en su presencia, y cuando vió por sí misma cuanto le rodeaba, y oyó sus palabras, y se vió cercada de tanto poderío y esplendor, la admiracion y el estupor arrebataron su espíritu hasta la total enagenacion de sentidos, y se confesó engañada con la realidad, que escedia á la fama; y se tuvo por dichosa de haberle conocido, tratado y oido; y tuvo por felices á los pueblos gobernados con tanta sabiduría y discrecion; y jamás hubiera querido separarse de su lado. Estos son los efectos del perfecto conocimiento: tanto puede una conviccion íntima en el entendimiento. ¿Qué diremos, pues, de las distracciones criminales del hombre, cuando no le arrebatan y estasian la gloria y perfecciones de su Criador? Pues este es el objeto de la Teología mística, y por eso se define: La ciencia que enseña á mover los afectos y dirigirlos hácia Dios; y se llamó *Teología* porque su único objeto es Dios, y *mística*, palabra griega que en castellano equivale á la de arcano, porque sus actos y efectos son en su esencia, por la mayor parte, operaciones que se verifican secretamente y en lo íntimo del alma, ocultas á todos, y manifiestas á solo Dios que las da y al alma que las recibe. Ni aquí está dicho todo, sino que como en la presente ley de gracia Dios ha puesto á los hombres en su lugar en la Iglesia por Jueces y Directores, como lo demuestra el ejemplo de Saulo, enviado á Ananías para su direccion y enseñanza, es preciso dividir en dos la Teología mística; en experimental y doctrinal. La experimental es una noticia pura de Dios en la oscuridad luminosa ó en la claridad oscura, segun la bella espresion de Job, de una alta contemplacion, juntamente con un amor experimental tan íntimo, que la hace perderse toda á sí misma para unirla y trasformarla en Dios; y se dice experimental, porque el alma, por medio de un cierto conocimiento particular y de un cierto amor especial, gusta y espe-

rimenta á Dios con sensacion de espíritu, y con un sabor del Paraíso. Notemos al paso, que siempre va precedido el amor del conocimiento en todos sus actos, en todos sus grados. Dado este paso van sucediéndose los demás, que son la oracion de recojimiento, el silencio espiritual, la quietud, la embriaguez de amor, el sueño espiritual, las ánsias y sed de amor, la union simple de amor, los toques de Dios al alma, la union mística y frutiva de amor, la union estática, el raptó del alma á Dios, preludio de la union perfecta y estable é indisoluble, de parte Dios, del alma con él, realizada por el divino esponsalicio. La Teología mística doctrinal es por consiguiente la ciencia que versa sobre estos mismos actos, examina su esencia, sus propiedades y efectos; da las reglas infalibles para proceder con seguridad y provecho en los mismos actos; discierne quién se halla ó no en estado de aspirar á ellos; dispone á su consecucion casi infalible, y hace adelantar rápidamente en tan insólito y celestial camino.

Oidas estas cosas el ánimo naturalmente se escita, por distraido, tibio y adormitado que se halle, y ansía naturalmente un estado que tan ventajosas realidades le proporciona, cuando tan bellas teorías, verdades tan sublimes, tan celestiales prácticas le son propuestas por sugetos idóneos, que con conocimiento de causa pueden llevar á cabo tan gloriosa empresa. Entonces, fijas las potencias y naturales hábitos en un objeto digno, se sobrepone al cieno de las pasiones estragadas ó guiadas sin criterio por donde se habia antes arrastrado, se deja conducir por el carril seguro y rápido de la ley y sana moral, y remontándose con las alas de paloma de la sencillez é inocencia para volar y descansar, se remonta á las mas altas esferas, y anida y descansa en el regazo de la Divinidad, y se desdeña para siempre de posar su pié en la corrupcion de la culpa. Sí, porque de ella separa muy lejos el estudio de la Teología mística. Porque asi como no hay soldado, por bisoño que sea, que ignore cuán espuesta está una ciudad á caer en manos de sus enemigos cuando no tiene sino una línea ó un género de defensa, y que por esta razon se la rodea de muros gruesos, hondos fosos, erizadas frisas, contra-fosos, aspilleras, y reductos ó castillos avanzados; y que él mismo necesita y va siempre acompañado de un triple armamento: asi el alma particular y la cristianidad entera necesita indispensablemente los poderosos recursos de la vida espiritual en estas cuatro ciencias mencionadas, y la última

las corona todas. La filosofía hace al hombre racional, esto es, le enseña á usar de la razon, á discurrir sobre todos los objetos criados para buscar y hallar á Dios en todos ellos, de modo que sea *inescusable*. Es empero una ciudad abierta al enemigo, sin defensa alguna de la fe, puesta por consiguiente á su discrecion. La Teología dogmática hace al hombre cristiano, y vencido en el primer encuentro del enemigo queda cautivo y muerto fuera de la Iglesia, sin esperanza y sin fe; y las naciones que tienen diversidad de creencias, ante todas cosas necesitan ventilar y defender, ó mas bien probar el dogma. La Teología moral hace al hombre cristiano y virtuoso, y su derrota primera le priva, sí, de la caridad, mas le deja parapetado detrás de los fuertes muros de la esperanza y la fe, con que se rehaga y venza: asi en las naciones donde hay unidad religiosa jamás se ventila el dogma, sino que se supone, y todas las invectivas de los Ministros de la religion se reducen á atacar los vicios y á ensalzar las virtudes. La Teología mística va mas allá todavía, pues no solo hace al hombre racional, cristiano y virtuoso, sino que le encumbra á la santidad, pues que lo constituye en lo heróico: sus caidas ordinarias serán venialidades, que resfrien si se quiere la caridad, pero que de ningun modo la estingan, ni mucho menos disipen la esperanza, ni toquen en lo mas mínimo la fe; y acaso por el contrario el convencimiento de la propia debilidad la coloca en lo firme de la humildad, desconfianza y seguridad en Dios: son solo escaramuzas en los puntos avanzados, que aun perdida la jornada quedan sin lesion los fuertes. Propuestas por personas idóneas estas doctrinas tan palpables como ventajosas, ¿será creible que el hombre racional y cristiano, por remiso que sea, no se anime á emprender una carrera que tanto le honra, y con tantos y tan positivos provechos le brinda? ¿Que no desee cultivar una ciencia que asi enaltece sus pasiones, y tan grata y noble ocupacion le proporciona? Sí, porque el hombre tiene una tendencia natural á amar el bien, y Dios es la suma bondad; el hombre delira por la hermosura, y Dios es infinitamente hermoso; el hombre es cautivado de las ciencias, y Dios es la sabiduría increada. Y asi es preciso decir, que si Dios no es mas amado del hombre, si son traspasados por él sus preceptos, no son ansiadas sus caricias, y sus dones no son apetecidos, y su augusta presencia no es en todas partes adorada, esto consiste en que, ó no es conocido suficientemente, ó no se atiende como es debido á su conocimiento. Cono-

cimiento que, adquirido con ventajas por el estudio público de la Teología mística, es capaz por sí solo de escitar al mas remiso á su consecucion y práctica: con mucha mas razon servirá para ayudar á los fervorosos.

§. II.

Tres grandes familias de la sociedad cristiana pueden ser comprendidas bajo la denominacion precedente, á saber: el clero, las religiosas, y aquella parte del pueblo fiel que, ó frecuenta los sacramentos ó acaba de mudar de vida: de todas tres me ocuparé brevemente. Y dando principio por el ilustre clero español, ¿qué he de decirle sobre este particular, cuando su posicion le coloca en el heroismo, y su heroismo le traspasa á los tiempos apostólicos? Sin embargo, al dirigirme á él con reverente acento, no puedo menos de escitar su celo en general para que promueva por cuantos medios estén á su alcance el estudio público de la Teología mística, con el mismo interés y método que el de la dogmática y moral al menos; para que importe del estrangero y haga aclimatar en nuestra patria el laudable uso de los ejercicios espirituales de retiro anual, hechos en corporacion, donde con preferencia se ventilen, como allí, públicamente los asuntos místicos y ascéticos, sus progresos y causas que los impidan; con lo que se estirpen abusos, se restablezca la disciplina, se edifique el pueblo y reciba modelos de imitacion, y brille y se conserve á su propia altura su proverbial esplendor y su justo renombre; para darle el grito de alarma, un grito que, cual la trompeta final, haga resonar sus ecos en todos los ámbitos de la tierra: pues yo tengo una conviccion íntima de que la persecucion de la Iglesia no ha de cesar tan pronto, sino que los enemigos van á cambiar de medio si el socialismo es vencido en todas partes y con todas sus consecuencias. Creo que la incredulidad, atacada en todos sus baluartes y arrojada de sus mas formidables atrincheramientos, deshechos como el polvo sus indisolubles argumentos y sofismas, y hechas astillas sus irresistibles armas, va á ceder el campo á la supersticion mas refinada y solapada, al fanatismo mas decidido y petulante, y en cada nacion se presentará á su manera. Ya hemos visto en Alemania, Aquilon desde donde hace siglos se estiende el mal á toda la tierra y sobre todos sus habitantes, ocupar las cuestiones religiosas un lugar preferente en

la política, y decidirse por las armas y los tormentos; y en España quizá, como lo indican ciertas tendencias demasiado estendidas por desgracia, veamos propagarse el misticismo de Molinos bajo sus mas hediondas fases. Volvamos la vista á los siglos XVI y pasado, y admirando los progresos del protestantismo y la incredulidad, notemos sus causas y prevengámoslas con tiempo.

Mas aun sin esto, ¿quién no ve al clero destinado á ser el oráculo divino que manifieste terminantemente la voluntad de Dios á los hombres? ¿No será, pues, preciso en su consecuencia que se acerque á Dios todo lo posible, asi como en la dignidad asi tambien en la conformidad de hábitos y voluntades, y aun por el trato íntimo, como otro Moisés, mediante este sublime estudio? El es el que hace notar la gran diferencia que hay entre la Teología mística experimental y la doctrinal, y á él solo y esclusivamente incumben entrambas; y si se le puede dispensar tal vez de poseer la primera, nunca ni de ningún modo puede despojarse de la segunda, sin que el fiel pueda jamás arrogársela de manera alguna ni bajo ningún pretexto, ni á título de mayor ciencia, ni de mas alto grado de virtud, ni por mas acreditada esperiencia. ¡Cuán grande no es por lo tanto su responsabilidad en este punto! Reflexiónenlo bien, y verán si es mucho exigirles cuando se les pide ciencia y práctica en la Teología mística, puesto que Dios no levanta ordinariamente á nadie á sus grados sino bajo la direccion de sus Ministros, y con total dependencia de la voluntad de ellos. El clero es el que, cuando el alma se mira adornada con el acto puro de la contemplacion divina, acto enteramente gratuito, que le infunde por sí exclusivamente, en cuyo sentido dicen los Santos que solo Dios la enseña, y que no pueden llegar á ella los Doctores místicos con todas sus doctrinas, entonces mismo, aun sin esperiencia propia, puede tener de aquel propio acto un conocimiento especulativo mucho mas estenso, y hablar de él con mas propiedad que el que le experimenta. Asi como si un filósofo ciego de nacimiento y un rústico con vista hablasen sobre el sol, dice un respetable autor. El rústico es cierto que tiene un conocimiento experimental de los resplandores de él, porque le ve y siente su calor, pero no sabe decir qué cosa sean los tales resplandores, ni cosa alguna razonable de ellos; por el contrario, el filósofo, sin noticia alguna experimental de aquella luz que jamás vió, la sabe definir, conoce sus propiedades, y sabe declarar los efectos benignos.

nos que produce en la naturaleza: y por eso, aunque no tiene experiencia de dicha luz, tiene de ella un conocimiento especulativo y doctrinal sumamente perfecto y directivo. Dedúcese de todo esto, que es falsa la doctrina que enseñó que las almas que gozan y experimentan la Teología mística, siendo dirigidas por Dios no necesitan de la Teología mística doctrinal residente en el clero, con la cual sean regladas por él en el uso de los favores que reciben; que es esencialmente necesario al clero, para llenar su misión con prudencia y acierto y sin riesgo de engañarse ni engañar á sus dirigidos, un estudio mas serio que el privado de esta sublime ciencia acompañado de su parte experimental, pues aunque absolutamente hablando pueden hallarse separadas, pero si es por culpa propia es un abuso detestable. "Tanto en la vida cuanto en la doctrina debe ser esclarecido el eclesiástico doctor, dice S. Isidoro, porque la doctrina sin la vida le vuelve arrogante, la vida sin la doctrina le hace inútil. La predicacion del Sacerdote debe ser confirmada con las obras, de tal modo que lo que enseña con la palabra instruya con el ejemplo." Pasemos á las religiosas.

Todos convienen en que esta clase benemérita y distinguida de la sociedad cristiana está obligada á la perfeccion; sería, pues, una crueldad inaudita en sus directores si no trabajasen incesantemente cuanto les es posible en encaminar á las jóvenes inespertas á tan digno y alto fin; ó por ignorancia, cobardía ó pereza detuviesen á las que quisiesen correr por tan elevado camino, y deteniéndolas privasen á Dios de tanta honra, gloria y obsequio; á ellas de tan grande honor, utilidad y elevado rango; á la Iglesia de tanto lustre, esplendor y provecho; y al pueblo cristiano de los inmensos beneficios que estas escalas místicas, que posando en la tierra tienen su apoyo en el cielo, les hacen descender de las alturas. Sí, es á todas luces una crueldad inaudita privar á estas almas privilegiadas por tan desautorizados motivos de los medios mas eficaces y de las mas poderosas armas de sobrellevar con gusto, alegría y mérito las penurias consiguientes á su penitente vida, y combatir con ventajas los enemigos que á sus generosos designios se opongan. Porque ¿qué hace, pregunto yo, una religiosa en el claustro si en este estudio no se ejercita? ¿Cómo puede comprender, ni la excelencia y ventajas de su estado, ni tomar gusto á las prácticas religiosas, ni conocer los encantos ocultos de la virtud, ni adquirir aquel amor hácia ellas que hace huir hasta la mas leve sombra que

las empañe, y abrazar con brios cuanto las cria, estimula y conserva, ni saborear tampoco las delicias inefables que en su género de vida depositó el Altísimo? Delicias que, comprendidas una vez por la ilustre Magdalena de Pazzis, la hacian besar con emocion estática, ébria de amor y continuamente, aquellas paredes que la ocultaban del mundo para dedicarse á Dios; y á la esclarecida Verónica de Julianis esclamar entusiasmada: «La cruz, los padecimientos, son júbilos, son contentos.» Sin este estudio, cual yerbas parásitas no exhalan el suave olor de santidad que aromatiza los cielos; como flores sin cultivo y no beneficiadas con rocíos celestiales, crecen místicas, no son dignas de ser trasplantadas á los pintorescos y amenos vergeles del gran Rey; sin sus ejercicios fervorosos viven una vida de monotonismo y fastidio; en el coro no son mas que unos metales mas ó menos sonoros; en la mesa solo reside y se alimenta la parte animal; en el trabajo no son sino unas máquinas movidas por el resorte de la imitacion; y en todo el convento unos muebles mas. Sin este estudio en vano se esforzará la religiosa en hacer suave y llevadera una vida por sí misma repugnante al ímpetu de las pasiones, y sometida á la inestabilidad de la naturaleza viciada: mucho trabajo ha de costarle combatir con ventajas las sugerencias diabólicas, que le hacen mirar aquel estado como el mas violento y cansado; ó encontrar las dulzuras de la consolacion divina entre las molestias de la obediencia ó penurias de la voluntaria pobreza: dificilmente podrá caminar sin desfallecer, pelear sin rendirse, rezar sin distraerse, tratar á sus compañeras sin molestarse, trabajar sin aburrirse, ni vivir sin desesperarse. No podrá ciertamente correr por el delicioso sendero de la virtud, pues le faltan los pies de la obediencia, cuyos actos la repugnan; ni volar á la cumbre de la perfeccion, pues le faltan las alas de la confianza y direccion, necesarias para conseguirlo y remontarse sobre sí misma; ni evitar el lastimoso estado del peligro inminente de las grandes caídas, cuyos medios de defensa que dejó indicados le faltan; y se mira frente á frente con un formidable adversario que nunca cesa de sus ataques bruscos, ni da treguas por un solo momento. Sin este estudio, delicioso al paso que operativo, navega el alma religiosa por el dificultoso piélago de la perfeccion contra viento y marea, cuando con él las mas rápidas corrientes y deliciosas brisas conducen el bajel al deseado puerto, donde reside la paz y quietud del espíritu, donde se adquiere la posesion perfecta de

todas las virtudes, la solemne investidura de los ornamentos divinos, los dones, frutos y gozos del Espíritu Santo, las bienaventuranzas, las gracias gratis dadas, y otros favores celestiales que no es capaz de comprender el entendimiento humano, y que nos manifiestan las vidas de los Santos y de todos los varones contemplativos. Creo lo dicho suficiente á mi intento.

¿Y qué diré yo del comun de los fieles? ¿De aquella parte, con especialidad, que desde la disipacion viene al recojimiento, á buscar los encantos de la virtud, sofocada ya con los alientos pestiferos del vicio, aturdida ya del tumultuoso desorden de las pasiones, suspira por el silencio de la propia conciencia? A esta parte diré yo, que el fervor de su nueva vida no debe contentarse con huir lejos de los tortuosos senderos por donde corrió á dar satisfaccion á sus apetitos; que no debe parecerle bastante aborrecer el vicio; que es preciso que ame la virtud con el mismo empeño siquiera con que antes se precipitó en el mal. No es buena lógica haber consumido caudales, salud y comodidades en la disipacion, y rehusar el cuidado diligente de la vida recta con todas sus consecuencias para la justificacion propia. No es buena lógica empezar un camino, aunque largo, útil y necesario, y quedarse parado en la primera jornada; pues que la primera jornada es, y nada mas, aquella en que, vuelta el alma á Dios despues de la separacion de la culpa, se purifica en el Sacramento de la Penitencia para entablar una nueva vida; porque sabido es el dicho de un Santo Padre: "El principio de las buenas obras es la confesion de las malas." No es buena lógica, por último, llamar á la puerta del palacio de un gran monarca, y despues de obtener la entrada y ser invitado, no solo á la vista sino á la posesion de sus estancias magnificas, y con un asiento en su espléndida y régia mesa, y admitido á su compañía y amistad augusta, detenerse y permanecer gustoso en el mas humilde rincon de la entrada. Contentarse con los rezos, ayunos, prácticas devotas y frecuencia de Sacramentos es estacionarse en la entrada, pararse al primer paso, pues todo ello son medios de adquirir las virtudes, y la virtud es medio de la perfeccion, y lo elevado de ella la posesion de la Teología mística. Lo lógico es que el hombre obre en este asunto como en aquellos de su mayor interés; que no se detenga por obstáculos que se le opongan, ni le arredren dificultades, ni las penalidades le asombren, sino que avance cuanto pueda, y prepa-

re desde luego su corazón, que es lo único que se le pide; y luego déjese conducir de Dios, no ponga óbices de ninguna clase á su voluntad generosa, que él hará lo que le fuere gustoso y á él mismo mas conveniente. Lo lógico es que se conduzca con el mismo esmero que los niños del horno de Babilonia en el palacio del Rey Asuero; que cuide mucho por algun tiempo, aunque llegue á componer años, en alejar de sí toda mancha, en no contaminar de nuevo su alma, en instruirse en todas las ciencias de los Santos, en hermosear su interior con las virtudes y gracias, y su exterior con la modestia y recojimiento, para que sea digno de morar en el Palacio y en la presencia del Rey de los cielos. Lo lógico es que al mismo tiempo que pelea contra los vicios para extinguirlos, y que trabaja por adquirir las virtudes, se apresure con todas sus fuerzas á subir aquellos cuatro escalones ó gradas que señaló el P. S. Bernardo, á saber: "La leccion de los libros santos, con la que se embeba en máximas devotas; la meditacion continúa, con la que ponderando las mismas las imprima profundamente en el alma y en el corazón; la oracion fervorosa, con la que pide á Dios lo que necesita; y la contemplacion adquirida, con la que mira á Dios y le goza."

Omito aquí de propósito la cuestion de si esta contemplacion, y con especialidad la infusa, son resultados necesarios de aquellas disposiciones, ó que si, á pesar de ellas, Dios podrá ó no elevar al alma al sublime ápice de la Teología mística. Yo lo creo de todo punto inutil, supuesto que todo el sistema de la vida espiritual, desde la primera gracia actual escitante hasta el último grado de la contemplacion mas sublime, no tiene otro origen ni base que la infinita liberalidad de Dios, su bondad suma y su amor inefable al hombre; y no creo pueda discurrirse que si le llamó piadoso cuando criminal, le deseche esquivo cuando agradecido. Libre es Dios en la generacion humana en infundir ó no el alma en el cuerpo perfectamente organizado, y ejerce esta libertad suspendiendo tal vez su soberano influjo, como lo vemos con frecuencia; pero sin perjuicio de esta libertad, ó mas bien en el pleno ejercicio de ella, es como una consecuencia ordinaria el que, luego de verificada aquella predisposicion orgánica, verifique Dios por su parte aquella insuflacion divina en el feto, y viva, y se mueva, y se alimente y nutra. Lo mismo en nuestro caso, y en tales tér-

minos que el melifluo Doctor ya citado se espresa de una manera tan decidida y valiente: "Aunque muchos toda su vida caminan á esto y nunca llegan, si sin embargo piadosa y perseverantemente lo procuraron, al momento de salir del cuerpo se les da liberalmente lo que en esta vida providencialmente les fué negado." Nada hay por tanto que escuse la preparacion esmerada y el deseo ardiente para llegar á término tan feliz y venturoso; y es preciso que la constancia les dé cima completa. De otra suerte realizarian las famosas fábulas de Tántalo y de Titan, ardiendo de sed al borde mismo de las corrientes límpidas y pereciendo de hambre bajo las ricas y sazoadas frutas: ó ya perdiendo todo el fruto de su laboriosa vida al tocar ya por momentos la ansiada cumbre del premio y del descanso, para comenzar de nuevo su fatigosa é interminable tarea. Asi es como las clases todas de la sociedad cristiana, desde las mas infelices hasta las mas elevadas, rodeadas de su miseria las unas, en medio del tráfigo del mundo y aun entre la opulencia bulliciosa de la corte las otras, saldrian de ese marasmo fatal de espíritu en que lastimosamente yacen, por el que, al cabo de muchos años de prácticas piadosas y frecuencia de Sacramentos, no han tenido valor de alcanzar una sola virtud cristiana, y se dejan tiranizar de su pasion dominante: asi desapareceria desde luego ese misticismo repugnante, desdoro del cristianismo, amalgamado con los vicios mas indignos de una sociedad culta, y aparecerá radiante como el sol despues de pasada tormenta el siglo de oro de la fe pura y viva, con todas sus luminosas consecuencias. Tales son indudablemente las del estudio público de la Teología mística por lo que toca á los fieles; no son menos preciosas si consideramos á los infieles.

PUNTO SEGUNDO.

Tambien en este, siguiendo el método del anterior, debemos distinguir dos clases de enemigos: unos que hacen gala de contrariar las determinaciones de la Iglesia, reemplazando con errores la doctrina católica; otros que, cubriéndose con el velo de la fe, pretenden aparentar una perfeccion que no tienen, y quieren poner en ridículo la verdadera perfeccion cristiana. De manera que aquellos pecan por defecto y estos por exceso; aquellos por

falta de fe, estos por exceso de superstición. Para combatir á los unos y á los otros necesita el teólogo ser profundo místico, y poder con conocimiento de causa:

1.º Impugnar el error.

2.º Distinguir la superchería: dos párrafos que dilucidaré brevemente.

§. I.

Bien sabido es de todos aquel axioma filosófico que coloca frente á frente los objetos mas opuestos entre sí, á fin de que su contrariedad sea mas palpable. *Opposita juxta se posita magis elucescunt*. De ningun modo se echa mas de ver la deformidad del error que en presencia de la verdad; ni las enormes aberraciones del espíritu de la incredulidad, en que ha incurrido este ilustrado siglo, que á la vista de los sublimes resultados de la fe pura y luminosa que descubrió y marcó las sendas del cristianismo con aquella fuerza de luz y vigor fervoroso y galas magnificas con que le embelleció su Divino Autor en su principio mismo. A su vista parece imposible hayan podido tener séquito esas utopias disolventes con que se ha pretendido reemplazar tan sólidas y antiguas creencias en un siglo que se dió á sí mismo los epítetos de despreocupado y culto, y por esencia racionalista y pensador; y que se hayan suscitado como una novedad los desautorizados sistemas y sofismas pulverizados de todos los enemigos de una Religion la mas racional y natural al mismo hombre. No ha sido la Teología mística la que menos enemigos ha tenido que combatir, pues que ella presenta metodizados todos los principios de la misma Religion, sus bases fundamentales, y aquellos heróicos resultados. Pero si queremos recorrer la serie de la historia, y descubrir el error en todas sus cavernas, le hallaremos manifiesto en unos tiempos con la mayor grosería, y encubierto en otros bajo las mas bellas apariencias y los motivos mas especiosos. Tropezaremos al momento con Simon Mago, cuyos noctuosos ojos tanto se ofuscaron con las luces vivísimas y efectos maravillosos de esta divina ciencia, que ambicionándolos, creyó torpemente que sus riquezas podrian proporcionarle su posesion tranquila y omnimoda; y justamente rechazado, no dudó en su despechado furor declararse en autor, y distribuidor de todos sus dones al inmundo ob-

jeto de sus torpezas, y asegurar con impudencia inaudita ser el Espíritu Santo; luego con Cerinto en su decantado y cínico reino milenarío; no mucho despues con Montano en su simulado ascetismo, con el que llegó á seducir al célebre Tertuliano; mas adelante con los Iconoclastas, empeñados en espiritualizar al cristiano hasta un extremo espantoso; hasta que en el siglo XIV los Beguardos y Begüinas sistematizaron los mayores absurdos con la capa de las mas elevadas doctrinas de la Teología mística para destruirla: por oponerse á los Waldenses ó Pobres de Leon, que desechaban toda mortificacion exterior como insuficiente é innecesaria con las oraciones de ruegos; y á los Flagelantes, que en el siglo anterior habian enseñado por el contrario que toda la perfeccion del cristianismo consistia en los azotes, y que su mérito escedia al martirio; elevaron la Teología mística á tanta altura que colocaron á sus profesores en el estado de la impecabilidad, y desterraron de él por consecuencia la práctica de toda virtud y mortificacion, y afirmaron desatinadamente que á él era natural la vision clara é intuitiva de Dios, y por lo mismo redundante el *lumen gloriæ*, destinado á aquel venturoso objeto despues de la presente vida.

En esta inmunda escuela aprendieron sus descabellados sistemas Nicolás Storkio, discípulo de Martin Lutero, que se fingia elevado á los grados mas sublimes de esta ciencia, y favorecido con la mas íntima familiaridad, con Dios con revelaciones y éstasis, con lo que embaucó á muchos y dió principio á la secta de los Anabaptistas; los Alumbrados, que en el mismo siglo XVI oscurecieron la España con los errores de una falsa oracion; y por último en el siguiente los Molinistas y Quietistas, discípulos del infaustamente famoso Miguel Molinos, que erraron del modo mas vergonzoso y repugnante en todos los puntos, aun los mas sublimes, de la Teología mística. Y para no ser difuso en la enumeracion de todos sus errores, me concretaré precisamente á aquel punto de esta ciencia que dió origen al nombre de su secta, la oracion de quietud. Sobre ella aquel desventurado heresiarca, despues de haber quitado de la mente humana todos los santos pensamientos á pretexto de despojar la voluntad de todos los afectos devotos, de los ruegos, de las peticiones, de las acciones de gracias y de los deseos santos de alguna virtud y perfeccion como actos no solo inútiles sino como distracciones perjudiciales, indig-

nas de aquel rango, se atreve á vedar todo acto de amor á la humanidad santísima del Redentor, á la Santísima Virgen María, y cualquier sentimiento de piedad y devoción de este género, como asuntos y objetos demasiado materiales é insuficientes; á prohibir todas las reflexiones necesarias al ejercicio de las virtudes cristianas; á reprobar todos los actos exteriores de las virtudes, y en especialidad de la obediencia, mortificación y modestia; y llega á poner el colmo á su temeridad insensata sirviéndose de la mística y de las Santas Escrituras para cohonestar y autorizar su inundo desenfreno. Véanse sobre este propósito sus proposiciones, condenadas por la Santidad de Inocencio XI, desde la octava hasta la sexagésima séptima. Y pregunto yo ahora, ¿cómo pueden hoy día combatirse estos errores, que no son tan raros por desgracia, filosófica y racionalmente, y con conocimiento de causa, sin estar perfectamente instruido en las reglas todas y pormenores de la Teología mística? ¿Acaso se creará suficiente el saber que está el error condenado por la Iglesia? De mas estaban entonces las escuelas, universidades y libros. Además ¿cómo averiguar, sin mas que este dato, que aquel caso práctico que se presenta es el mismo comprendido en el justo y autorizado anatema? ¿Cómo será fácil discernir en todos los casos, sin estar bien cimentado en cuanto concierne á esta sublime ciencia en todas sus doctrinas, la verdad de la mentira, y dar con fundamento los motivos que hubo para condenar esta proposición, por ejemplo: "El conocimiento de Dios por la fe oscura no es acto producido por la criatura, sino que es un conocimiento dado por Dios á la criatura, á el cual la criatura no conoce que le tiene, ni despues conoce haberle tenido, y lo mismo se dice del amor." Es la vigésima segunda. ¿Cómo echará de ver, repito, los lados por donde flaquea, los errores que contiene, y dar sobre ella una respuesta categórica, razonada y científica? Si el error es la deficiencia de la verdad, sin saberse esta en todas sus partes mal podrá ser conocido aquel, y mas cuando hace un estudio particular en disfrazarse con la verdad y aparecer con todas sus formas; cuando sobre lo abstruso de la materia, y lo metafísico de su dialéctica, y lo elevado de sus trámites, y lo recóndito de sus procedimientos, se deja ver con todos los títulos de solapada nobleza, de paz inalterable, de espiritualidad probada y de caridad ardiente. No creo que con lo espuesto pueda quedar la menor duda de la necesidad que viene siendo el asunto de

este discurso. Aún queda empero otro empeño que cumplir al teólogo, que es distinguir la superchería.

§. II.

No creo que deba entrar de lleno en su comprobacion sin hacer antes una salvedad en su tanto necesaria, y es: que aun cuando toda oposicion de doctrina y de principios en esta materia apenas pueda disculparse de error contra la fe, creo que debe haber distincion entre el que procede de una temeridad contumaz, y entre el que debe su origen á otras causas. Ciertamente no hay sino dos espíritus, el de Dios y el del demonio; lo que no sea del uno debe ser necesariamente del otro: pero tampoco es menos cierto que para que el error estrañe al cristiano de la comunion de la Iglesia es preciso, como va indicado, la contumacia; y no hay quien no sepa que en la mística se puede errar gravemente, con especialidad por parte de las mugeres, ya por debilidad de órganos, ya por una direccion sistemática, sin prudencia y con poca práctica en la ciencia, y no pocas veces por espíritu de vanidad, envidia ó imitacion, sin pensar tal vez que ofenden la fe, sino creyéndose por estos medios mas robustecidos en ella. Por esta razon he creído oportuno separar esta parte de aquella, y presentarla bajo un solo punto de vista en los dos extremos que abraza, ya juzgando mal espíritu el que es bueno, y ya juzgando buen espíritu al que realmente es malo. Ni por esto se rebaja un punto su gravedad ni el cuidado con que debe mirarse; pues si el error petulante combate cara á cara la verdad, la superchería capciosa lo verifica ocultamente, y presentándose en todas ocasiones con la simulacion de perfeccion divina, y, como quien dice, se patentiza con todas las marcas de un género legitimo y de lícito comercio; y bien sabido es, segun el V. Beda, no ser menos peligroso el enemigo oculto que el adversario manifiesto. Cuán difícil sea pues este juicio y discernimiento para que sea recto y justo; cuán terribles y trascendentales las consecuencias de una equivocacion impensada, de un fallo errado; cuánto tino necesite su solucion acertada; cuánta ciencia y prolijidad de estudios y discusiones deban preceder su tratamiento práctico, la larga esperiencia de diez y nueve siglos nos lo enseña. Voy con estos antecedentes á proce-

der á su demostracion con un solo silogismo. Aquella ciencia necesita un estudio sólido, esto es, basado en reglas seguras, y en su tanto infalibles, cual al menos se hallan y emplea en la adquisicion de las otras ciencias, en cuyo terreno se confunde con frecuencia el vicio con la virtud, lo celestial con lo terreno, y al impostor con el santo: es asi que en la Teología mística, y solo en ella, se verifican estas absurdas equivocaciones; luego la Teología mística necesita mas que ninguna otra ciencia, facultad ó arte los medios y modos de adquisicion de ellas.

Que la sociedad cristiana se halle altamente interesada en evitar tan repugnantes cambios, no hay quien no lo vea palpable; que ellos se verifiquen precisamente dentro de los límites jurisdiccionales de la Teología mística, tampoco se le oculta al ilustrado Claustro que me honra con su atencion; mas como fuera de él no faltará quien tal vez dude y aun se asombre de lo dicho, debo probarlo aunque ligeramente. Desde los primeros tiempos del cristianismo hubo en la Iglesia hombres doctos y santos, que promovieron por cuantos medios estuvieron á su alcance la enseñanza pública y privada del dogma, y de todas las reglas de la mas sana moral; en todos tiempos tambien levantaron su enérgica voz para hacerles ver y marcar á los fieles como con el dedo: esto es vicio, aquello es virtud; esta doctrina es errónea, esta otra no; aqui hay tantos pecados en número, alli tantos en especie; este contrato es lícito, aquel otro es usurario; esto es dogma, aquello error, y su contumacia heregía. Siempre tambien los hombres eminentes en virtud y letras fueron apreciados, no solo de los propios pero aun tambien de sus enemigos. ¿Qué mas? Aun los mismos herejes y malvados han gozado consideraciones de todas las clases de la sociedad cristiana, ó cuando menos la compasion universal; y si han sufrido el castigo de sus patentes crímenes, ha sido despues de evidenciados con las mas luminosas pruebas, y esto no sino despues de agotados todos los medios de conciliacion fraternal y los recursos de lenidad evangélica: y despues de todo, nunca ha sido el castigo igual al crimen; siempre la misericordia ha entrado por mucho para atenuar los rigores de la justicia. En una palabra, en el dogma y en la moral siempre la verdad y la virtud han ocupado su puesto, sin que se los hayan usurpado el error ni el vicio. ¿Y qué fatalidad es la que ha seguido casi constantemente los pasos de la Teología mística, que no pueda ella gloriarse de lo mis-

mo? ¿Que casi pueda afirmarse con generalidad que solo Dios por sí mismo haya sido en las mas de las épocas el único maestro de este sublime arte? ¿Que en virtud de aquel empeño contraido por Dios con el hombre en aquel mandato: *ostendite vos sacerdotibus, y qui vos audit me audit*, dado á todo el pueblo cristiano, haya tenido que luchar la Omnipotencia no pocas veces contra la ignorancia grosera, la malicia petulante y la tenacidad orgullosa del hombre para llevar á cabo sus altos y amorosos designios en favor de sus predilectas almas? Éstas cabalmente, coronadas con las fragantes flores de las virtudes mas heróicas ó de los conocimientos mas sublimes, han sido las víctimas mas sumisas de sus mismos preconizadores, sujetas á la abyeccion y al castigo, para ser levantadas luego á la mas elevada esfera del aprecio y la admiracion de todos.

Ábranse las vidas de los Santos, y no se encontrará uno que en llegando á este punto no haya tenido que sufrir, ó equivocaciones sustanciales, ó sistemas errados, ó tormentos atroces, ó pruebas horribles, ó calabozos insalubres, ó calumnias insoportables, ó dicerios y sarcasmos insultantes. Regístrense las crónicas de nuestros sábios, y hallaremos apenas talento alguno que por esta causa no haya pagado tributo á la envidia, á la maledicencia, y sufrido la persecucion y el encierro. ¿Quién no recuerda entre aquellos los nombres de Teresa de Jesus y José de Calasanz? ¿A quién no se le ocurre entre estos los de Fr. Luis de Leon y Juan de Mariana? Hay empero en este particular una circunstancia que hace resaltar mas y mas la necesidad de este estudio por la razon que vengo demostrando, y es que aqui cabalmente ha sido donde mas torpemente han errado los talentos mas sublimes; y muchos de ellos al prestar su apoyo, su deferencia y aprecio sin oposicion ni prueba, lo verificaron con personas verdaderamente ilusas y seducidas. El nombre de Fr. Luis de Granada, y los ruidosos sucesos de últimos del siglo pasado y principios del presente de Madrid y Cuenca, son bastantes comprobantes. Por todas estas razones creo necesario el estudio público de la Teología mística, para que los fieles fervorosos encuentren los auxilios oportunos sin temor de engaño ni molestia, con la seguridad del creyente y virtuoso, y los fieles tibios se estimulen á adquirirla y poseerla al admirar sus bellezas, su nobleza y sus utilidades positivas; y de una y otra clase se retiren los repugnantes sinónimos con que los

enemigos de la religion denigran á los místicos; se alejen mas del vicio, y se acerquen mas á Dios; para que los infieles incrédulos sean combatidos en regla y con conocimiento de causa, y la superchería jamás ocupe un lugar que de ningun modo le corresponde. Estudio que, para reducirlo á la práctica en su parte doctrinal, podria simultanearse con las Instituciones, á fin de que los Párrocos inculcasen sus máximas y aficion en sus feligreses, y hallasen salida óbvia á los casos que ocurrírseles pudiesen; y para los que hubiesen de dedicarse esprofeso á la direccion espiritual en los establecimientos religiosos podria, ó añadirse un curso especial, ó simultanearse con el octavo. Estudio por último que, cimentado sobre las bases sólidas de la instruccion debida, indudablemente haria brillar el Cristianismo con el esplendor de los mejores tiempos, puesto que las mismas causas producen los mismos efectos. Fijemos si no la vista por un momento en los desiertos de la Nitria y la Tebaida, y veamos quién convirtió en perlas de celestiales rocíos sus áridas y abrasadas arenas sino las huellas numerosas y fervientes de los discípulos de Pablo y Antonio, de los Pafnucios y Pacomios. ¿Sus soledades, temibles antes como moradas del leon y del leopardo, no fueron en sus dias trasuntos fieles, no tanto de la Jerusalén de Pedro ó de la Atenas de Pablo, cuanto del Paraiso mismo? ¿Quién verificó tan maravilloso cambio? ¿Quién unió las voluntades de cinco mil y mas personas de ambos sexos á la de una sola para practicar una vida angélica? ¿Quién hizo suaves tan terribles y duraderas maceraciones? ¿Quién sostuvo sus rodillas en tierra desde la postura del sol hasta su salida al siguiente dia, sus estómagos sin alimento desde un domingo á otro? ¿Quién sino la caridad perfecta, sostenida por el ascetismo mas puro, y divinizada por el estudio incansable y esclusivo de la Teología mística? Por otra parte Recaredo y Leandro en España, Teodomiro y Martin Dumiense en Lusitania, Remigio y Clodoveo en Francia, Gregorio y Esteban en Hungría, Benito en Monte-Casino, Domingo en Carcasona, Francisco en la Umbría é Ignacio en Monserrat y Loyola, ¿no suscitaron con valor, fomentaron con constancia y presenciaron con gozo aquellos mismos dias, y los mismos héroes por los mismos medios? En efecto, y de esta conviccion resalta la razon por que dije al principio que hoy mas que nunca era necesario el estudio público que nos ocupa. Porque faltan hoy aún las escuelas privadas, cuyo primordial y casi

exclusivo estudio era la Teología mística; escuelas en las que se detenía á los alumnos muchos años en sus primeros rudimentos; en que sus teorías se reducian á la práctica por toda la vida; en las que se subordinaban á él todos los actos de la vida religiosa, incluso el Magisterio y el Ministerio de la predicacion; que él era su alma y su vida, su perfeccion y su gloria. Y en tanto que la Teología mística fue su ocupacion constante, florecieron aquellas en santidad y ciencia; y cuando decayeron de él sucedió todo lo contrario, reportando el pueblo fiel en ambos casos sus inmediatas consecuencias. Esta falta, pues, es preciso suplirla, y no creo se halle otro medio mejor que el espresado. Asi hoy dia la conducta del cristiano sería mas celestial que terrena, reinando en todo el orbe la union y verdadera fraternidad social, que produce solo la santidad del Evangelio.

